

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 3 DE ABRIL DE 1932

NÚMERO 14



Pedro restituído en su ministerio

Después de esto, a la orilla del Mar de Tiberiades, Jesús se manifestó a sus discípulos. He aquí de qué manera:

Simón Pedro, Tomás, llamado el gemelo, Natanael, de Cana de Galilea, los hijos del Zebedeo y otros dos de sus discípulos estaban reunidos.

—Voy a pescar, les dijo Pedro. Los otros le respondieron: Vamos contigo. Fueron y subieron en la barca. Aquella noche no cogieron nada.

Venida la mañana, Jesús estaba allí, de pie, en la orilla. Pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Muchachos, dijo Jesús, ¿no tenéis nada para comer? ¡No! ¡Echad la red a la derecha de la barca, les dijo, y hallaréis! La echaron y no tenían fuerzas bastantes para sacarla, de tan llena de peces que estaba.

Entonces el discípulo que Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor!

Al oír esta palabra: "Es el Señor", Simón Pedro, que estaba desnudo, púsose la túnica y se echó al mar.

Los demás discípulos vinieron con la barca y como estaban poco alejados de la tierra—unos cien metros—, arrastraban la red llena de peces.

Cuando hubieron bajado a tierra, vieron un fuego preparado, pescado encima y pan. Jesús les dijo: Traed algunos de los peces que acabáis de coger. Simón Pedro subió entonces a la barca y sacó la red a tierra. Estaba llena de grandes peces; había ciento cincuenta y tres, y a pesar del número la red no se rompió.

—Venid a comer, dijo Jesús a sus discípulos. Ninguno de ellos se atrevía a preguntarle: "¿Quién eres?" Sabían que era el Señor. Jesús se acercó y tomando el pan, les dió, y asimismo el pescado.

Era la tercera vez desde su Resurrección de los muertos, que Jesús se manifestaba a sus discípulos.

Después de la comida, Jesús dijo a Simón Pedro: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?

—Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis corderos.

Y le volvió a preguntar: —Simón, hijo de Juan, ¿me amas?. El le respondió:

—Sí, Señor, tú sabes que te amo.

—Sé el pastor de mis ovejas, dijo Jesús. Y repitió por tercera vez:

—Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?

Pedro se entristeció, por que le decía por tercera vez: "¿Me amas?", y le respondió: ¡Señor, tú sabes todas las

cosas! Tú sabes que te amo. Jesús le dijo:

—¡Apacienta mis ovejas! De cierto, de cierto te digo: cuando eras más joven, te ceñías tú mismo, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde tú no querrás ir...

Habló así para indicar con qué género de muerte debía Pedro glorificar a Dios.

El pajarito del cumpleaños

En una habitación bañada de sol, un niño ciego estaba escuchando la radio. David ahora se levantaba muy temprano todas las mañanas, porque, como no podía ver, la radio tenía tanta importancia para él, que no quería dejar de oír una sola pieza de su dulce música. Claro es, que también había cosas que no le gustaban, pero su madre sabía coger siempre las mejores piezas y él estaba aprendiendo a encontrar él solo algunas de las estaciones. No era muy difícil, poniendo atención, dar vuelta a los botoncitos hasta que la música o las palabras tenían el sonido preciso.

En esta mañana llena de sol la radio estaba hablando acerca de los cumpleaños. David pensaba, cómo sería, si un hombre o una mujer muy viejos oyeran cómo la radio les hablaba de sus cumpleaños, cuando tuvieran ya noventa. El estaba muy orgulloso de que el miércoles de la semana próxima tendría ya siete años.

En este programa de cumpleaños había pájaros que cantaban. Sus trinos llegaban tan claros y dulces que David se podía figurar que estaban allí mismo en su habitación. A David le gustaba mucho oírlos. Su madre le había refe-



rido que eran pájaros de verdad que estaban amaestrados para cantar con la música.

Ahora el hombre estaba hablando de los pájaros, de un pajarito que se mandaría con las felicitaciones del cumpleaños. ¿Sería éste también un pájaro de verdad? Era curioso pensarlo. ¿Y vendría el pajarito volando a su casa para llevarle felicidades?

Llegó la mañana del cumpleaños de David. David, naturalmente, les había hablado a papá y a mamá del pájaro y de sus esperanzas de que vendría ese día.

“Espero que se quedará todo el día”, dijo, “me gusta tanto oír cantar a los pajaritos”.

El pájaro había venido. Era un canario y estaba en el alféizar de la ventana cantando y cantando. El canto que

entonaba era el siguiente: “Que los tengas muy felices, Davidín. Muy felices cumpleaños.”

Cuando David se despertó, el pajarito no estaba cerca, pero podía oírle cantar. Sonaba como si fuera en el piso inferior. Sí, así tenía que ser: su madre, seguramente, le había hecho bajar para darle el desayuno.

Bajó volando, y la madre, temiendo que se cayera, le recibió en sus brazos y casi le llevó en volandas hacia la jaula. El pajarito ahora estaba píoando: “Buenos días, buenos días.”

—¿Es un pájaro de verdad?—preguntó David.—¿Se quedará todo el día?

—Todo el día y muchos días, querido. Aun cuando vayas a la escuela, siempre estará aquí, esperando para cantar cuando vuelvas. Es el pajarito de tus cumpleaños.

—¿Del hombre de la radio?

—Amor le ha enviado ,guapo, para felicitarte en tus cumpleaños.

En ese momento el pajarito amarillo empezó a cantar tan dulcemente que a David le dieron ganas de llorar. El pájaro cantaba: “Amor, amor está en todas partes en el día de tu cumpleaños.”

Y no hubo niño pequeño en todo el mundo que tuviera unos cumpleaños más felices que los que tuvo David.

El gozo de perdonar

Eran Luisito y Juan lo que se dice dos buenos amigos. Se habían conocido desde pequeños, habían ido a la misma escuela, y aún más, vivían en

la misma casa hacía varios años. Todo esto unido a su compatibilidad de juegos, carácter y costumbres, y el hecho de tener la misma edad, había hecho de ellos dos inseparables y verdaderos amigos.

Con frecuencia pasaba Juan a jugar a casa de Luis, o viceversa, aprovechando los ratos de ocio, que les dejaban sus ocupaciones escolares, y así pasaban unidos unas cuantas horas en alegre camaradería.

Dada la amistad que les unía, nadie hubiera podido creer alguna cosa capaz de romper esta amistad. Y así fué, sin embargo. Sucedió de la siguiente manera: El papá de Luisito había estado ausente de su casa varios meses para asuntos de su negocio, y al regreso había traído a su hijo un bonito juguete mecánico, adquirido en París.

Ni qué decir tiene, que Luis, loco de alegría, tan pronto como lo tuvo en su poder, corrió a enseñárselo a su amigo; pero ¡oh fatalidad!, éste apretó demasiado una tuerca, que el juguete tenía, y desde entonces no volvió a adquirir movimiento.

Luisito comenzó a llorar, y lleno de ira dió una tremenda bofetada a su amigo, y éste a su vez hizo lo propio, hasta que la madre de Juan llegó y puso paz, separándolos.

Triste marchó Luis a su casa y refirió a sus padres lo sucedido, quienes le recomendaron lo olvidase; pero él no hizo el menor caso, y desde ese día no se habló más de su amigo, llegando su enfado hasta tal punto, que al encontrarse en la calle, cambiaba de acera para no saludarle.

Ocurrió, que a causa de una epidemia Juan cayó enfermo. En casa de Luis lo supieron, y sus padres le aconsejaron que fuera a visitarle; pero él se resistía, pensando todavía en el daño que, según él, le había hecho su amigo.

Sin embargo, aquella noche al acostarse, además de la oración acostumbrada, pronunció las siguientes palabras: "Señor Jesús, dame fuerzas para perdonar a Juanito".

Al día siguiente levantóse completamente cambiado, y pidió permiso a sus padres para visitar a Juanito, quienes con la natural alegría se lo concedieron.

Rápido fué a casa de su amigo, llamó al timbre muy flojito, y al abrirle la madre de Juan, después de saludarla, la rogó que le permitiera verle.

Al entrar en la alcoba, y antes de que le pudiese decir nada, Juan le preguntó: "¿Me perdonas, Luis?" "Sí, Juan, te perdono; Jesús ha tocado mi corazón esta noche para que venga a pedirte perdón."

Un ósculo de amor puso fin a aquella escena, y desde entonces fueron aún mejores amigos que antes.

Ramón Taibo Sienes.

CHISTE

—¿En qué se parece una casa incendiada a una desalquilada?

—En que en la casa incendiada salen llamas y en la desalquilada llamas y no salen.